

COLECCIÓN VALLE DE PACHACAMAC

ARQUEOLOGÍA DEL PERIODO FORMATIVO EN LA CUENCA BAJA DE LURÍN

Richard L. Burger y Krzysztof Makowski
Editores



Capítulo 4



Volumen 1



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Arqueología del Periodo Formativo en la cuenca baja de Lurin

Primera edición: marzo de 2009

© Richard L. Burger y Krzysztof Makowski, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

*Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.*

ISBN (obra completa): 978-9972-881-4

ISBN (volumen 1): 978-9972-42-882-1

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-03002

Impreso en el Perú – Printed in Peru

Escaleras al cielo: altares, rituales y ancestros en el sitio arqueológico de Cardal

Lucy C. Salazar

En los últimos veinticinco años, los arqueólogos del área andina han realizado diversas investigaciones con el propósito de develar la naturaleza y el rol que la religión cumplió en las sociedades locales organizadas, así como el trasfondo ideológico que sustentó sus manifestaciones culturales más evidentes. Estimulados por esta preocupación, numerosos arqueólogos y etnólogos andinistas han venido trabajando intensamente con diversos modelos teóricos. Entre ellos, destacan Gary Urton (1981) y Tom Zuidema (1982), investigadores interesados en la reconstrucción de los sistemas cosmológicos incas.

En este trabajo examinamos los restos materiales dejados por las sociedades prehispanicas que habitaron el valle de Lurín alrededor del año 1.000 a.C.; los mismos que reflejan claramente algunos conceptos religiosos. Asimismo, presentamos los testimonios arqueológicos que nos permiten observar el enterramiento ritual de un templo y discutir el concepto de dualismo que es inherente al sistema ideológico andino. Para ello contamos con los estudios de los documentos coloniales de la religión inca y la reconstrucción de los sistemas cosmológicos de la misma (Duviols 1986; MacCormack 1991; Salomon y Urioste 1991; Salomon 1995; Urbano 1988; Sánchez 1991; Mills 1997). En tanto que la evidencia arqueológica es esencial para entender los rituales y cosmología de las culturas que existieron con anterioridad a los incas, estos trabajos están avanzando lentamente aunque con logros significativos (Donnan 1978; Castillo 1989; Makowski 2000; Quilter 1990).

El complejo arqueológico de Cardal

El sitio arqueológico de Cardal se encuentra situado en la margen norte del valle de Lurín, en la costa central peruana, y forma parte de los llamados centros cívi-co-ceremoniales en forma de «U». Está situado a menos de un kilómetro del río Lurín y cubre un total de veinte hectáreas, de las cuales dos o tres corresponden a sectores habitacionales. Cardal fue descubierto por Thomas C. Patterson en 1966, durante sus exploraciones de este valle. Dos años después, Harry Scheele llevó a cabo excavaciones restringidas en el sitio con el propósito de estudiar el patrón de asentamiento. En 1985, Richard Burger y la autora iniciaron el Proyecto Arqueológico Valle de Lurín, con la finalidad de entender la naturaleza de las sociedades responsables de la construcción de los centros de este tipo.

El sitio se encuentra rodeado en sus tres lados por los flancos rocosos de una estribación andina, y ocupa un abanico aluvial con suelos formados por *loess* y cascajo provenientes de la erosión de la ladera.

Cardal representa la inversión de trabajo de dos millones hombres-día. Dada su construcción monumental es evidente que fue concebido desde sus inicios para el desarrollo de actividades públicas. Durante las excavaciones de 1987 se confirmó la distribución de estructuras domésticas con pequeños depósitos de basura en el sector sur del complejo. En la primera temporada de campo se excavó también una estructura ubicada en el lado derecho de la pirámide central, Sector IIIA (Room B de Scheele). Dicha estructura compartía algunos rasgos con las del Sector IIIB (figuras 1, 2 y 3), tales como la presencia de dos cuartos pequeños y un área externa adyacente para el desarrollo de actividades domésticas. Sin embargo, también difiere notablemente en el ancho de sus paredes —30 a 40 centímetros—, el acabado consistente de gruesas capas de revoque de arcilla con huellas de pintura y el uso de gruesos maderos de lúcumo para el sostenimiento de los techos.

Inicialmente se asumió que esta y otras agrupaciones habitacionales de la parte alta de la pirámide habrían pertenecido a unidades sociales de mayor estatus, con un tipo de organización que no llegó a formar una élite. No obstante, los últimos fechados radiocarbónicos no indican contemporaneidad entre las unidades domésticas. Asimismo, el piso de los cuartos y las paredes fueron enlucidas con una capa de arcilla de aproximadamente diez centímetros de espesor. Scheele (1970) encontró huellas de pintura roja en la superficie de uno de los pisos del cuarto B, además de pepas de lúcumo quemadas entre las cenizas de un pequeño fogón que mide aproximadamente veinte centímetros de diámetro, ubicado en el centro del cuarto. Tanto en el cuarto A como en el B se usaron piedras pequeñas y angulosas, y arena para el relleno que sirvió de base para los pisos.



FIGURA 1

Vista aérea del montículo principal. En el extremo derecho se observa el sector III B.

La otra unidad doméstica ubicada en la parte alta de la pirámide, asignada a la fase final de la arquitectura pública (800 a.C.), fue excavada en la segunda temporada de investigaciones. Se escogió esta estructura por su similitud superficial y simetría arquitectónica con los denominados cuartos A y B. No obstante, aunque comparten varios elementos formales, esta estructura tiene rasgos muy particulares. Por ejemplo, el tamaño del cuarto principal es quince metros (5 x 3 metros) y contiene un fogón central construido con piedras canteadas. Tanto los muros como el piso presentaron huellas de pintura de color negro y, sobre este último, yacían varios fragmentos de vasijas erosionadas y algunos piruros o torteros de cerámica. El relleno de este piso, de aproximadamente 25 a 50 centímetros de espesor, consistió predominantemente de piedras muy pequeñas y adobitos con temperante de fibra y piedra caliza. En su primera fase de construcción, el cuarto tuvo un tamaño de 5 x 5 metros, y fue posteriormente remodelado en el lado sur. Al oeste del cuarto se hallaron dos pequeños cubículos de aproximadamente 1,5 x 1,5 metros, que habrían funcionado como depósitos. El recinto fue afectado seriamente por la erosión en los últimos tres milenios, y se han conservado hasta hoy solamente la parte inferior de los muros.

Debajo de la estructura descrita se encontró un complejo arquitectónico ceremonial con una configuración ritual muy elaborada, lo que indica que este edificio



FIGURA 2

Montículo central con las excavaciones del sector III A en el centro de la pirámide y el Templo de los Altares en el extremo izquierdo.

tuvo una función totalmente distinta. Construido sobre una plataforma de 2,3 metros de altura en la cima del montículo central, este recinto comprendía una serie de cuartos pequeños y corredores estrechos. Se accedía a la zona principal mediante una amplia escalera (2,45 metros de ancho en la base) de ocho peldaños, cada uno de ellos con 25 a 30 centímetros de ancho y veinte centímetros de altura (figura 4). Hemos comprobado que en algunos momentos de su historia esta escalera fue enterrada ritualmente, evento que incluyó el ofrecimiento de una pachamanca de la que hemos recuperado abundantes restos vegetales —maní, lúcumá, etcétera— y marinos —peces y moluscos de gran variedad—. Asimismo, se hallaron lascas de obsidiana, huesos y piedras talladas con motivos iconográficos de caras y dientes; y un gran número de cuentas hechas de conchas marinas (*Oliva peruviana*) cortadas generalmente con pigmento rojo adherido.

Las aves y el pescado representan la mayor parte de los alimentos consumidos, aunque debe anotarse que también aparecen algunos huesos de mamíferos, especialmente de venado. Hemos encontrado también fragmentos de ollas sin cuello, cuencos convexos de bordes redondeados y picos de botellas de labios redondeados.

Al término del ritual, una gran fogata habría reducido la mayor parte de los restos vegetales a cenizas, las mismas que a su vez fueron cubiertas con una capa de adobitos y tierra de color rojizo. Posteriormente se colocaron piedras grandes y angulosas mezcladas con algunas piedras pequeñas y arcilla, todo lo cual sirvió de base a un piso de cinco centímetros de espesor que, en un primer momento, clausuró los tres primeros peldaños de la escalera. La superficie de este piso habría sido enlucida empleando tejidos llanos de estructura 1 x 1, de los cuales solo se conservaron las improntas. En una etapa de construcción posterior, los tres escalones restantes de la escalera, así como la entrada —construida en forma de rampa al mismo tiempo que la escalera y sin acceso al edificio principal—, fueron enterrados ritualmente. En primer lugar se colocó una capa de relleno conformada mayoritariamente por piedras muy menudas y adobes redondeados de gran tamaño; sin embargo, al sur de las estructuras no se encontró ningún adobe. Sobre este relleno se construyó un piso de aproximadamente veinte centímetros de espesor, en cuya superficie encontramos las evidencias de otro gran «festín» asociado a un fogón de forma irregular hecho con piedras y trozos de arcilla. Una capa de carbón de aproximadamente diez centímetros de espesor se extendía sobre un área de nueve metros cuadrados, aunque fue evidente que no



FIGURA 3

Vista aérea de la unidad doméstica con el cuarto principal y fogón central en el sector IIIA.



FIGURA 4

Entrada principal al Templo de los Altares.

era homogénea en todo el sector. Debajo de esta se halló otra capa gruesa (siete centímetros de espesor) que cubría como una costra, con abundantes restos de pescado, básicamente anchoveta, tollo y coco; y debajo de todo esto otra capa más de ceniza del mismo grosor.

Finalmente, todo fue quemado intencionalmente, usando como combustible ramas gruesas de arbustos u otros restos vegetales. Se registró la presencia de fragmentos de mates, algas marinas, cangrejos, abundantes huesos de cuy y algunos de lobo marino. Se encontró también restos de aves pequeñas, entre las que destaca una lechuza que aún conservaba sus garras afiladas. Asimismo se recuperó restos de cerámica, generalmente cuencos, cuentas hechas de hueso de aves marinas, valvas de choros en cuyo interior se hallaron restos de pigmentos de color rojo, *Olivas* también cubiertas con pigmento rojo, cortadas en el ápice y perforadas para ser parte de pendientes; y, por último, una variedad de miniaturas talladas en piedra pizarra cuya función desconocemos.

Entierro del Templo de los Altares

El entierro de templos fue reconocido por primera vez durante los trabajos de investigación arqueológica llevados a cabo en Kotosh y Shillacoto, por Seiichi Izumi y Toshihiko Sono (1963) a principios de la década de los sesenta. Ellos describieron esta manifestación cultural como el entierro cuidadoso e intencional de edificios de carácter religioso, de manera parcial o total. Proponen además que una de las finalidades de este tipo de eventos habría sido el mantenimiento y la conservación de las edificaciones. Richard Burger y la autora han señalado que este es uno de los elementos diagnósticos de la tradición religiosa Kotosh, nombre que deviene del primer sitio donde se observó esta clase de ritual. En los últimos años se han encontrado evidencias similares en sitios como La Galgada (Grieder *et al.* 1988), Huaricoto (Burger y Salazar-Burger 1980; 1991), Batán Grande (Shimada 1983) y ahora en el valle de Lurín.

La gran escalera descrita en párrafos anteriores, con pasos notablemente estrechos, permitía el ingreso a la parte superior de la plataforma, donde se ubica el conjunto conformado por dos recintos casi idénticos que comparten un pequeño cuarto al norte del complejo. Este cuarto, que habría servido de depósito, no contenía ningún resto cultural y fue rellenado con una capa de piedras y adobitos. Los dos recintos principales son totalmente simétricos, separados por un muro orientado de este a oeste. Ambos tienen forma rectangular y un área de doce metros cuadrados cada uno. El recinto sur se diferencia del recinto norte por una especie de ventana ubicada en la pared este y una hornacina en la esquina suroeste. El recinto sur muestra en el centro de la pared una secuencia de tres gradas que formaban una estructura arquitectónica única y que denominamos el altar A (figura 5). Espléndidamente conservado, este altar presentaba, al nivel de la escalinata superior, un pequeño desnivel que formaba una ventanilla que lo comunicaba con el recinto norte. Sobre la base de esta ventanilla yacía una capa muy delgada con restos de anchoveta. Este altar mide 1,03 metros de altura; cada paso tiene un promedio de 97 centímetros de longitud, 26 centímetros de ancho y 31 centímetros de altura. Fue construido con pequeñas piedras angulosas unidas con mortero de barro y el exterior fue recubierto posteriormente con un finísimo engobe de arcilla. Hemos observado dos capas muy delgadas de quince milímetros de espesor cada una. Las paredes del recinto no presentaban un enlucido tan fino como el del altar, pero mostraban huellas de pigmento de color amarillo.

Al pie del altar se encontraron también hoyos de postes que quizá habrían sostenido algún tipo de techo muy liviano (figura 6). El altar habría estado rodeado por un área de aproximadamente dos metros de diámetro que habría estado



FIGURA 5

Vista panorámica del sector IIIA con el altar A.

sometida al fuego directo durante un tiempo breve. Entre los restos quemados identificamos fragmentos de choros blancos (*Aulacomya ater*), anchovetas y un fragmento cortado y pulido de la concha de abanico (*Argopecten purpuratus*).

En el recinto norte se descubrió el altar B, que también tiene tres gradas, cada una de ellas de un metro de largo y 25 centímetros de altura. Este altar está menos conservado y ha perdido parte del estuco que lo cubría. En el lado izquierdo el piso tenía una fuerte coloración rojiza que se extendía por casi todo el recinto, sin duda debido a la quema de ofrendas rituales que consistían en la deposición de capas muy finas de pescado —anchoveta— alrededor y sobre el altar. Además, se halló también valvas de choros (*Aulacomya ater*) con pigmento de color rojo en su interior.

Sobre la superficie de la primera grada se encontró *Olivas* cortadas en la parte superior y cubiertas con el mismo pigmento presente en los choros. En la pared que sirve de apoyo al altar se registraron dos *graffitis* o diseños incisos, hechos con algún instrumento cortante sobre el enlucido cuando aún estaba húmedo. Uno de estos *graffitis* representa a un ave no identificada, posiblemente una lechuza a juzgar por su voluminosa cabeza con los ojos dirigidos hacia adelante y delineados con una serie de círculos concéntricos, y por la presencia de dos

apéndices que conforman las alas en posición extendida. Este motivo mide 12 centímetros de largo por 8 centímetros de ancho, y solo la cabeza ocupa un área de 8 centímetros. Hacia el lado este del ave se descubrió un segundo motivo, una cabeza ofídica representada de perfil, de 7 centímetros de largo por 5 centímetros de ancho. La figura muestra un ojo con pupila y la boca abierta con un colmillo de forma triangular que sobresale al labio superior.

Debajo de estos dos motivos se descubrió la representación de una cara enmarcada dentro de una banda circular, que sugeriría la representación antropomorfa del sol o la luna. La pared este del recinto presenta otras imágenes diseñadas con la misma técnica. Uno de los motivos consiste en una cruz concéntrica, en tanto que otro es la representación esquemática de una mano humana.

Los altares A y B fueron enterrados al mismo tiempo (figura 7). Sobre ellos se registró una capa compuesta de grandes piedras angulares, adobitos y tierra arcillosa, casi limpia de materiales culturales a excepción de una cuenta de crisocola. Sobre este estrato, en el área que cubría la hornacina del recinto sur, se halló un grupo de piedras ordenadas y unidas con mortero de barro; encima de ellas se habían enterrado dos individuos de aproximadamente seis meses y tres años de edad respectivamente, cuyo sexo no ha sido posible determinar.



FIGURA 6

Recinto norte con el altar A, hornacina y los huecos de poste en el piso.



FIGURA 7

Los altares A y B mostrando las escaleras de tres peldaños.

En la zona intermedia entre la entrada principal y los altares, antes de su enterramiento ritual, se depositó una ofrenda de huesos humanos, la mayoría huesos largos. Tanto la estructura que rodeaba a los altares como el área adyacente fueron sellados con nuevos pisos de arcilla de color amarillento; ello puso en evidencia el cambio de función de este sector ceremonial en el montículo principal de Cardal. En forma paralela se procedió a enterrar el Templo Medio (2.800 ± 90 y 2.850 ± 80 a. del p.). El Templo Medio se encuentra asociado a un friso hecho de arcilla cruda y en bajo relieve, que representa una banda de dientes entrecruzados de forma triangular y bordes redondeados. Este friso fue construido para ser visto desde la plaza central como una gran boca «felínica», y quizá sirvió de ingreso a un mundo sobrenatural (véase artículo de Burger y Salazar en este volumen). Finalmente, todo fue cubierto con una capa de arcilla blanca antes de colocar los rellenos subsiguientes.

Altares y escaleras al cielo

Uno de los rasgos más sobresalientes del centro ceremonial de Cardal es la presencia de altares duales, los cuales formarían parte del sistema cosmológico andino.

Según Tom Zuidema (1980), los documentos del siglo XVI y XVII sugieren que el concepto de *ushnu* está vinculado a fuentes de agua, océano e inundaciones durante la época de lluvias. Además, señala que este término designaba originalmente al complejo ritual altar-plataforma o altar-pirámide. Sugiero que estos altares, en forma de escaleras contiguas, habrían sido usados para rituales relacionados con el culto al mar, el agua y la productividad marina; y, asimismo, servido como mediadores para llegar al mundo sobrenatural.

Vistos de perfil, los altares nos recuerdan el diseño «escalonado» ampliamente representado en la alfarería del Periodo Inicial de Ancón, Curayacu, Pacopampa, Tembladera y otros sitios contemporáneos; por tanto, es posible que este motivo haya sido la representación metafórica del mar mediante las olas marinas.

Otra alternativa de interpretación compatible y quizá complementaria es que estos edificios piramidales, y la forma escalonada de los altares, representen el culto a los cerros tutelares. John Reinhard (1985) ha planteado como hipótesis la gran antigüedad de la ideología que une a los cerros o montañas con el mar; esta formaría así un solo circuito hidráulico cuyo buen funcionamiento requeriría de actos rituales que propicien el circuito pluvial. En el caso del valle de Lurín, una montaña tutelar o *pacarina* es Pariacaca; tal vez la apertura de los centros ceremoniales en forma de «U» está dirigida a esta deidad prehispánica.

Consideraciones finales

Las investigaciones en este complejo ceremonial de la pirámide central de Cardal nos ofrecen evidencias del patrón clásico de crecimiento arquitectónico vertical mediante el entierro ritual y la subsecuente renovación-construcción de nuevos edificios muy similares a los precedentes (figura 8). El uso del recinto de los altares, incluyendo sus renovaciones, habría tenido una duración menor de un siglo.

El entierro ritual de templos fue claramente formalizado, aunque las técnicas y escala utilizada difieran a lo largo del tiempo en las sociedades prehispánicas. ¿Qué fenómenos indujeron a los pobladores de esta época a asumir una tradición religiosa que involucraba el enterramiento de sus templos? Al introducir el término «entierro ritual», Seiichi Izumi (1972) sugirió que este acto fue intencional y al mismo tiempo una respuesta a una determinada ideología religiosa.

Richard Burger y la autora (1980, 1985, 1991) han discutido con anterioridad el enterramiento ritual de templos en Huaricoto, Ancash. Tales eventos pueden ser mejor entendidos dentro de un marco ideológico caracterizado por el concepto



FIGURA 8

Secuencia de escaleras y frisos en el atrio del sector IIIA del montículo central.

de tiempo sagrado, definido como tal por Mircea Eliade (1959a; 1959b) y otros. Según esto, el tiempo religioso es cíclico, y los actos rituales establecen el reinicio del tiempo mítico. En este sentido, el concepto de vida y muerte se encuentran íntimamente relacionados, y, por lo tanto, la construcción y el enterramiento de templos devienen en parte natural de un gran proceso de regeneración. Esta interpretación difiere de la hipótesis de Izumi Shimada (1983), quien ha planteado que el enterramiento ritual de templos refleja un epifenómeno o es coproducto de un principio estructural no identificado. El cuidado puesto en el entierro de los altares, atrios y frisos sugiere una preocupación insólita por conservar tales elementos arquitectónicos. Por nuestra parte añadimos la posibilidad de que tales estructuras de carácter religioso, aun después de ser enterradas ritualmente, habrían preservado su energía vital o sagrada, tal como las huacas en tiempos tardíos.

Finalmente, las evidencias presentadas nos indican que la actividad ritual en la parte alta de la pirámide no se limitó a las plataformas abiertas y a los grandes atrios. Por primera vez en el Formativo Inferior observamos la evidencia material del uso de cámaras cerradas con altares duales y restringidos. Resaltamos la importancia de estos altares, pues su uso debió corresponder a la división bipartita de la sociedad, así como a principios estructurales del dualismo andino, conocidos para épocas posteriores a partir de documentos y datos etnográficos.